



Juan Rulfo y la Ciudad de México

Roberto **García Bonilla**

Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras

El ensayo ganador del XXX Concurso de nuestra revista analiza la relación que tenía el famoso escritor de Sayula con la Ciudad de México. Un viaje ciudadano hacia la gran literatura rural.

Una preocupación de Juan Rulfo (1917-1986) a lo largo de su vida fue el frágil y áspero vínculo entre el campo y la ciudad que, debido al centralismo, aparece como un choque, como una fractura histórica. Con todo, en su obra publicada la ciudad no está presente como protagonista ni como escenario. Las únicas excepciones son dos textos: "La vida no es muy seria en sus cosas" y "Un pedazo de noche"¹; este último es lo que se salvó de una primera novela, *El hijo del desaliento*, que su autor escribió poco después de llegar a la Ciudad de México.

No es aventurado suponer que uno de los más grandes retos de Rulfo, después de la escritura de *Pedro Páramo* (1955) fue conciliar el vínculo campo-ciudad en su mundo creativo. Se ha dicho y escrito demasiado en relación al "silencio que se hizo leyenda" después del hito que representó su novela; ciertamente él tuvo que plantearse que la

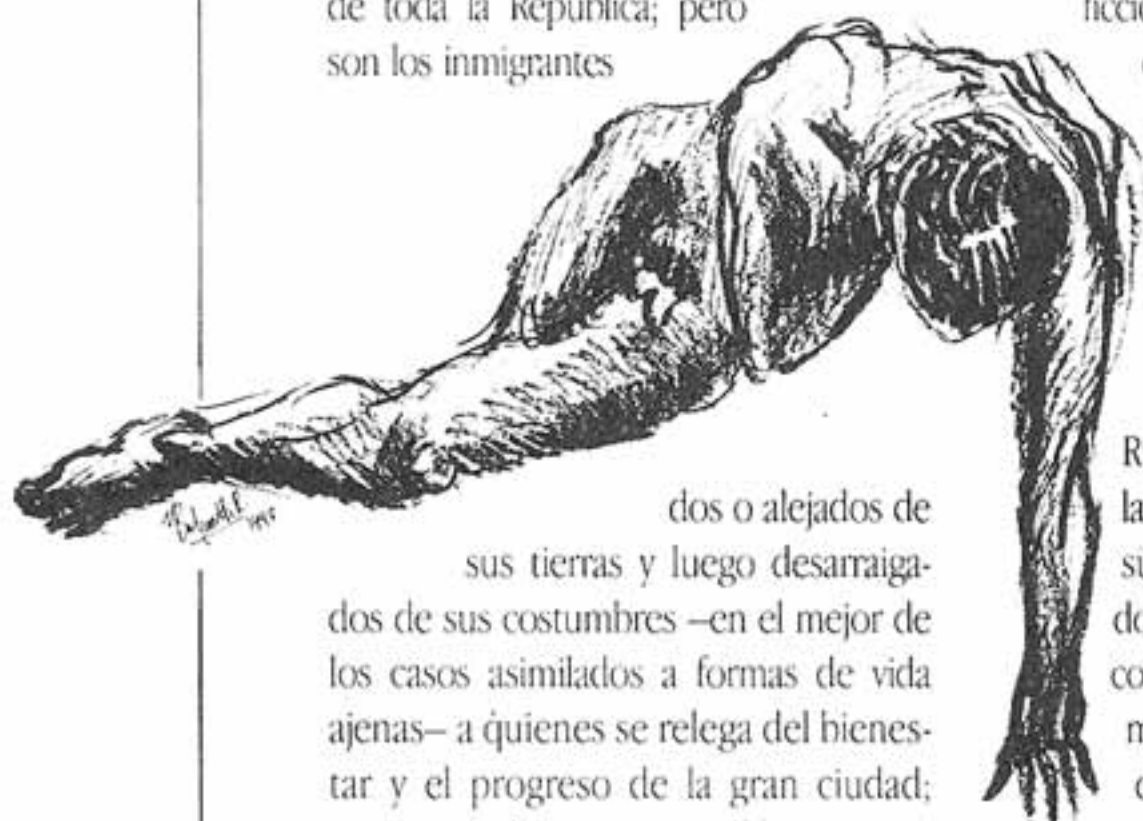
publicación de una obra posterior tenía, al menos, que igualarla en más de un sentido. Pero ¿cómo seguir escribiendo sobre el alma y la vida rural de los mestizos del Bajío —no de los indígenas²—, que fue una de sus grandes inquietudes personales? Profundo conocedor de un país multicultural como México, Rulfo entendió que la problemática de indígenas y mestizos, entre nosotros, tiene un mismo origen, aunque no sea la misma. Algo semejante sucede al confrontar los lazos entre el campo y la ciudad.

El hombre de la ciudad ve sus problemas como problemas del campo. Pero ése es el problema de todo el país. Es el problema mismo de la ciudad. Porque el hombre de allá viene aquí, emigra a la ciudad, y aquí se produce un cambio. Pero él no deja, hasta cierto punto, de ser lo que fue.



Él trae el problema¹.

Quizá Rulfo no publicó más después de *Pedro Páramo*, porque del mismo modo que rescató la esencia ambiental, el pensamiento, las creencias y miserias del mundo rural de los Altos de Jalisco, debía aprehender el ser interior de los emigrantes que viven en la ciudad de México; más aún, tenía que *inventar* un lenguaje tan refinado estilísticamente —como sucedió en la novela— de tal modo que pareciera natural y propio de los habitantes de la capital del país, provenientes de toda la República; pero son los inmigrantes



dos o alejados de sus tierras y luego desarraigados de sus costumbres —en el mejor de los casos asimilados a formas de vida ajenas— a quienes se relega del bienestar y el progreso de la gran ciudad; arcoiris instantáneo que diluye, día a día, su fragmentario espejismo en negra visión de sí mismos. Campesinos, indígenas o mestizos, aquí casi se funden y los caracteriza una ausencia de identidad que, sin embargo, no encuentra un lugar en la capital del país, recalcitrante por su racismo:

Las ciudades tienen trabajo para los campesinos, la ciudad industrial opera ya con personas que han cursado secundaria. Y estas gentes muchas veces son analfabetas que siempre se sienten un poco angustiados. Tienen otro tipo de sensibilidad, esas gentes⁴ [...]; al mismo tiempo en que tal vez les esté vedada cierta posibilidad del dolor, les está vedada la alegría.⁵

Si Rulfo hubiese publicado textos de ficción, después de 1955, es muy probable que sus personajes habrían

tenido estos rasgos. Los demás personajes, habrían sido descendientes de españoles— como lo describió el propio escritor al hablar sobre *La cordillera*, esa novela mítica, nunca publicada y de la cual ya no existe ningún rastro—; esos personajes se habrían integrado en relatos que se antojan como gestas o crónicas anónimas, donde los siglos XVI y XVII se mezclarían con el XX en su historia y se fundirían en una eterna especialidad sin tiempo. Vestigios del mundo ibérico se encontrarían en un ambiente inventado —pleno en su ficción— pero con todas las palpitaciones de la realidad actual. Si le faltó vida al escritor o el desencanto y la enfermedad le impidieron escribir esa gran novela, ese es un secreto que se llevó con su muerte.

A las preocupaciones de Rulfo por la historia, la oralidad y la depuración estilística, se añade su propio recorrido vivencial, donde campo y ciudad aparecen como mundos opuestos con permanentes conflictos⁶, que van de los ideológicos a un seco racismo. Además, el escritor de Sayula enfrentó el vínculo campo-ciudad de una manera traumática: a los diez años dejaría la hacienda familiar para residir en la capital de Jalisco, tras la muerte de su madre.

Rulfo pasaría su niñez en San Gabriel y más tarde iría a Guadalajara; finalmente llega a la Ciudad de México, donde permanece la mayor parte de su vida. Se ha repetido, porque el mismo escritor lo señaló, que San Gabriel fue su lugar de nacimiento, pero según el acta de bautismo, el niño Carlos Juan Nepomuceno Pérez Rulfo Vizcaíno nació el 16 de mayo de 1917 en Sayula, y ciertamente vivió los primeros años de su vida en San Gabriel. Cuando muere su madre, irá con su hermano Severiano al orfanatorio Luis Silva de Guadalajara (su padre fue asesinado en 1923), donde permanece cinco años; ahí estudia del tercero al sexto año de primaria.

En 1932 ingresa al seminario Conciliar del Señor San José en la ciudad de Guadalajara, pero el futuro escritor al concluir el tercer grado, deja el seminario; llega a la Ciudad de México en 1935, aunque él señaló que fue en 1933; de ese modo oculta su permanencia en el seminario.

Rulfo pretendió estudiar la carrera de Derecho, pero entre 1934 y 1936 la Universidad de Guadalajara vive momentos de crisis y no hay clases; desalentado decide ir a estudiar a la Ciudad de México.⁷

El coronel David Pérez Rulfo —ex-combatiente anticristero— tuvo una gran influencia sobre el escritor, le propuso el cambio de su apellido, eliminando los dos patronimicos iniciales para destacar, como primero, el tercero de ellos, el menos común. A principios de 1935, el militar estimula a su sobrino —que acaba de llegar al Distrito Federal— para que ingrese al Colegio Militar. Rulfo resiste el internado menos de tres semanas; luego de su primera salida el joven —que tenía inquietud de viajar y practicaba el alpinismo— desertó de la vida miliciana.

El escritor vivía... “en el Molino del Rey; escenario que fue de una batalla durante la invasión norteamericana de 1847 y hoy es cuartel de guardias presidenciales de Los Pinos. Mi jardín —agrega— era todo el bosque de Chapultepec. En él podía caminar a solas y leer”.⁸ Poco tiempo después deja la casa de Molino del Rey N°. 165 porque se convirtió en fábrica de armas. El tío David —ya Coronel de las guardias presidenciales del General Lázaro Cárdenas— lo recomienda para ingresar a la Secretaría de Gobernación, donde entra como oficial de 5°. Su oficina estaba en el Distrito Federal, en un archivo de Migración, en la Secretaría de Gobernación, “es el mejor modo de que a uno lo dejen tranquilo. En un archivo. Cambiaban los ministros y cambiaban los empleados. Pero de nosotros los archiveros se olvidaban”.¹⁰ Rulfo todavía no tenía amigos en la Ciudad de México, y no iba al cine porque no tenía

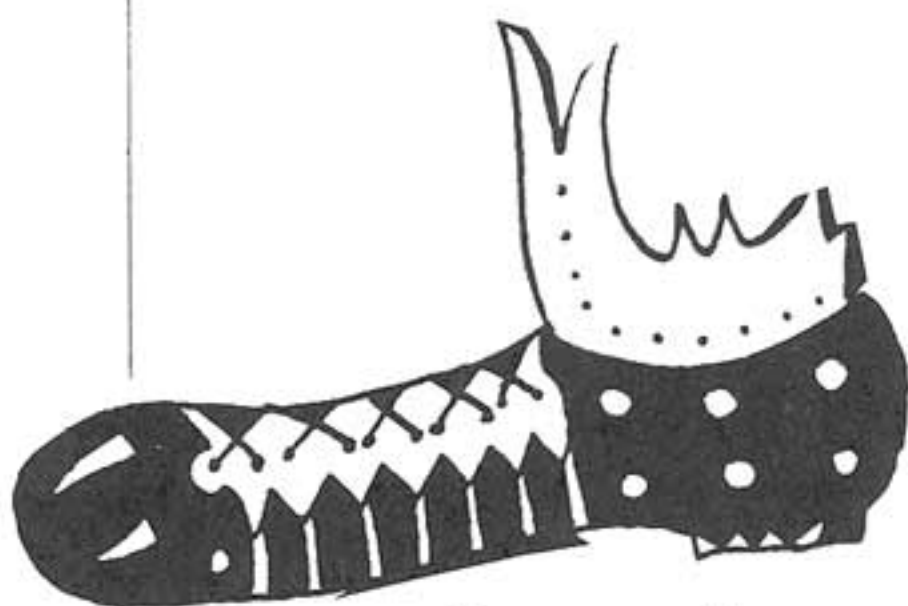
En Juan Rulfo, campo y ciudad aparecen como mundos opuestos con permanentes conflictos

dinero; ahí encontrará a Efrén Hernández (1904-1958) que con el tiempo se convirtió en su guía y amigo.

Al referirse a la soledad, el escritor recuerda: “Parece que quería desahogarme por medio de la soledad en que había vivido, no en la Ciudad de México, pero desde hace muchos años en que estuve en el orfanatorio. En realidad yo estaba solo, en la ciudad, que era una ciudad pequeña, miserable, una ciudad burócrata”.¹¹

En 1936 Rulfo presenta exámenes para revalidar estudios e ingresar a la Universidad Nacional y estudiar la carrera de leyes; es rechazado e ingresa al Colegio de San Ildefonso como oyente. Al mismo tiempo asiste a las clases de Filosofía y Letras en el edificio Mascarones.





Fue en este ambiente que empezó a escribir *El hijo del desaliento*, una novela... "muy larga, muy retórica, muy llena de adjetivos".

Estaba escrita en tercera persona, después fueron hechos biográficos sucedidos y tomados de la realidad y aplicados a otro individuo. Bueno, y ahora quiero volver a utilizar esa tercera persona en cuentos que tienen algo que ver con el ambiente de la ciudad. Pero la novela no me gustó.¹²

Es interesante releer "ahora quiero volver a utilizar esa tercera persona en cuentos que tienen algo que ver con el ambiente de la ciudad". Esta afirmación, que data de los años sesenta, deja entrever que Rulfo sí quería a la ciudad como protagonista o al menos escenario en sus historias. Si en *La cordillera* el escritor quiso mostrar la sencillez de la gente del campo, los cuentos que iban a formar el libro *Días sin floresta* —que empezó a escribir porque *La cordillera* se le iba de las manos— con toda seguridad tendrían que ver con la ciudad.

A finales de los cincuenta, principios de los sesenta, después de la publicación de *Pedro Páramo*, "vinieron muchas fiestas, muchos cocteles, muchos amigos, muchas desveladas. Ese ritmo se me fue convirtiendo en un problema y más tarde, después de una cura antialcohólica, dejé de escribir, se me fueron las ganas".¹³ En 1964 Rulfo se internó en un sanatorio, El Floresta, donde "recibió el durísimo tratamiento (electroconvulsivo) y para su fortuna dejó definitivamente el

alcohol, pero no dejó de escribir *Días de Floresta*, que entonces comenzó a trabajar, terminó, y contrató con una editorial, pero que nunca entregaría a las prensas.¹⁴

Para Rulfo, quien trabajó desde 1965 hasta su muerte en el Instituto Nacional Indigenista, los problemas del campo y los de la ciudad no están separados, ya que los emigrantes del campo a las ciudades sólo trasladan un problema de lugar.

México no es una ciudad que tenga características propias, es una ciudad mistificada totalmente, son muchas ciudades... entonces cuando se dice la ciudad, bueno... ¿Cuál ciudad? [...]. Así que no uso la tercera persona, porque por otra parte yo me siento totalmente ajeno a estas gentes que viven en la Ciudad de México [...] todo eso venía al caso de que me interesa la Ciudad de México en el aspecto más bien de inmigración. No el aspecto económico, sino, tal vez, el impacto psíquico. El shock que reciben al querer adaptarse a un medio hostil, que a veces los rechaza y a veces los absorbe.¹⁵

Hombre y creador se integran a una colectividad: "yo vivía con la soledad. *El hombre está solo*. Y si quiere comunicarse lo hace por medios que están a su alcance. El escritor no desea comunicarse,





quiere explicarse a sí mismo.¹⁶ El personaje central del *El hijo del desaliento*, señaló el propio Rulfo, es la soledad en la ciudad que es

triste y violenta, distinta del campo que provoca desidia.¹⁷ Efrén Hernández—quien le publicó su primer cuento en la revista *América*— estimuló a Rulfo a seguir con la escritura de la novela.

Yo, en el fondo, sabía que estaba haciendo cosas superficiales. Por necesidad, pero sabía que no era una cosa así importante. Porque sentía que estaba simplemente escribiendo por escribir, queriendo buscar la forma de expresarme. El tema lo tenía pero lo estaba desarrollando muy mal [...] los personajes, todos eran abstractos. Un señor que se pone a platicar con la soledad, se pone a platicar con su alma [...], con su angustia, con la desilusión, con todas esas cosas. Discute con la desesperación. Caí en una retórica feroz. Cuando terminé *El hijo del desaliento*, Efrén llevó varios capítulos para que los publicaran en la revista *Romance* que dirigía Juan Rejano. Se olvidaron de la novela. Años después, alguien de otra editorial me dijo, “oye, allí tenemos una novela tuya”. Luché mucho para que me la devolvieran. Tuve que darles a cambio un cuento. Fui por la novela y allí mismo le quité

algunas páginas que andan por ahí con el título “Un pedazo de noche”. Recuperé la novela y la rompí en mil pedazos por mala, retórica, alambicada. Era rimbombante. No decía nada, no tenía alma, era cerebral.¹⁸

El fragmento que rescató de esa novela, “Un pedazo de noche”, narra el encuentro de dos seres desarraigados y marginados, un sepulturero y una prostituta, que viven en la desolación en medio de una ciudad que está transformándose, que busca su modernización. El callejón de Valerio Trujano nos sitúa no en la ciudad de las grandes avenidas encumbradas con fachadas de mármol, sino en rumbos proletarios; barrios, que sin embargo dan cuenta de una historia arquitectónica: centros ceremoniales con un pasado prehispánico, iglesia, conventos y palacios de la colonia; edificaciones que el tiempo ha opacado, derruido y que el influjo de la modernización, también ha arrasado.

La observación penetrante de estas zonas y seres oscurecidos —“dejados de la mano de Dios”— no es un azar, pero tampoco es proclividad del escritor, quien trasciende fronteras regionales, modos de vida y oficios de sus personajes. Para Rulfo la condición humana posee una singularidad —individual y colectiva— irreductible e inexorable.

El aislamiento dibuja una sorda comunicación en la convivencia estéril



El escritor no desea comunicarse, quiere explicarse a sí mismo

Juan Rulfo

que mantienen los protagonistas de "Un pedazo de noche". La anécdota y su desarrollo es elemental. Claudio Marcos va a buscar a Olga —o Pilar—, "da lo mismo un nombre que otro"¹⁹ al callejón Valerio Trujano. Ella narra cómo conoció a ese hombre que después fue su marido; cómo llegó con un niño en los brazos que les impidió entrar a un cuarto; de todos los lugares los corrían. Un niño que además no era del hombre sino de unos compadres que estaban "celebrando" el vacío de sus vidas en una cantina.

Fiesta y abandono; placer y resignación, deseo y abstinencia se truecan, entre resplandore de luna y zozobra que es la Ciudad de México, cuyas geografías testimonian un vigoroso pasado en la grandeza de su arquitectura, opacada por la pátina de los años y su violencia embozada con luchas intestinas, poderes trastocados y símbolos de un país en metamorfosis; la Ciudad de México, urbe naciente, es expresión fiel de la soledad del hombre. Este aserto ahora no es sorpresa para jóvenes y niños que hayan navegado de bocacalles oscurecidas a plazuelas con fuentes secas, cruzando avenidas entre la velocidad de los coches y la pericia de sus criminales, estigmatizados para el beneficio de las

estadísticas moralinas y la exculpación de gobernantes incapaces. Hace cuarenta o cincuenta años la ciudad era más habitable; los escenarios festivos y los sitios prohibidos por la moral pública, producían fascinación y avidez, aún en sus zonas proletarias. Pero no es éste el rostro de la ciudad que marcó al joven escritor; es el anonimato de hombres y mujeres orillados a vidas perdidas en una ciudad que hicieron suya a golpes de explotación. El costo ha sido el desvanecimiento de la fe, que al igual que el caos no tiene plural; en su singularidad, aquel es perenne y ésta es fugaz.

Aún así, un sepulturero que vive para cubrir el único rastro tangible de la muerte —un cuerpo inánime— busca a una mujer que respira con culpa su oficio ("...calculando que no me quede ni un pedazo de vergüenza, hay algo dentro de mí que busca desbaratar los malos recuerdos") y que rechaza el cuerpo de su marido, porque "acabaría por perderse entre los agujeros de una mujer desbaratada por el desgaste de los hombres".

"Un pedazo de noche" o la resignación de la soledad compartida; esta complicidad, en mutismo, concentra más aún el desarraigo de los personajes que se acompañan como condenados que han sido devorados por una ciudad que en verdad nunca les pertenecerá aunque ya formen parte de ella; del mismo modo que sus cuerpos se poseerán sin que ellos posean, siquiera, la gratificación que la realización del deseo procura. Con seguridad Carlos Marcos y Olga son parte de los millones de emigrantes que han llegado del campo a la ciudad y que viven en las periferias de la ciudad; hombres y mujeres que, como señala el mismo Rulfo, hace medio siglo vivían en harríos que



están fuera del Distrito Federal pero “que no están separados sino unidos por casas y más casas a la ciudad”. Y algunos de ellos viven en las orillas de la ciudad porque no querían perder por completo ese contacto con la tierra que les permite resistir la miseria de la ciudad.²⁰

Si la temática más advertible de “un pedazo de noche” se encuentra en la inmigración, la migración y la incomunicación, los motivos esenciales son elementales: el amor, la vida y la muerte. El sepulturero aspira a sacudirse las sombras de tantos muertos que ha enterrado y desea refugiarse en una mujer que parece distinta al resto; él huye de los vivos, “que son una vergüenza [y] no encuentran cómo mortificarle la vida a los demás”. Prefiere a los muertos porque . . . “no hay que aborrecerlos. Son la gran cosa. Son buenos. Los seres más buenos de la Tierra”. Como en casi toda la literatura rulfiana, está presente una idealización envuelta en los lindes del sueño y la vigilia, aprehendida, recuperados por la memoria. El sepulturero vivirá la rutina de la espera y el ensueño de ver cada noche —al borde del

lecho y de la vida— cómo su mujer se pierde en un descanso sin sueño y sin treguas. Y podrá repetir, como aquella noche en que se encontraron en la calle: “Me haré a la idea de que te soñé. . . Porque la verdad es que te conozco de vista desde hace mucho tiempo, pero me gustas más cuando te sueño. . . Entonces hago de ti lo que quiero. No como ahora, como tú ves, no hemos podido hacer nada”.

Tal vez él desea que ella despierte de una vez por todas, aunque ambos tienen que aceptar que el cuerpo de ella se sigue perdiendo en el de otros hombres. Y la vida sigue transcurriendo como largo dormir con súbitas pesadillas, aterradoras como la presencia del “quiebranueces” que nunca perdonaba. El sueño, descanso entre la vida y la muerte, revelador de imágenes que encuentran sus monólogos y diálogos en la voz del dolor; el dolor de la incompreensión de todo y de todos. Aquí vida, amor y muerte se abrazan entre los susurros de él y que ella vuelve unívoca voz . . . “nunca acabaremos por encontrarnos: o tal vez sí; quizá cuando te asegure bajo tierra el día que me toque enterrarte” ☉

1. “La vida no es muy seria en sus cosas” se publicó por primera vez en la revista *América* No. 40 el 30 de junio de 1945, y el fragmento de “Un pedazo de noche” en *La Revista Mexicana de Literatura*, Nueva Época, N.º 3, México, septiembre de 1959, con la fecha al pie: enero, 1940.

2. “Yo no tengo ningún personaje indígena, ni he escrito sobre los indios jamás [. . .] su mentalidad es muy difícil de penetrar [. . .] Es muy difícil escribir con personajes indígenas puesto que uno no sabe qué piensan, cómo piensan ni por qué actúan de determinada manera”. “Juan Rulfo examina su narrativa” transcripción de María Helena Ascencio, “La semana de Bellas Artes”, 28 de junio de 1978, pp. 2 a 7.

3. Reina Roffé, *Juan Rulfo, autobiografía armada*, Ediciones Corregidor, Buenos Aires, 1973, p. 73.

4. Es significativo el uso de “esas gentes”, Rulfo, aquí, parece generalizar, entonces, campesinos indígenas y mestizos son las mismas “gentes”.

5. Reina Roffé, *Op. cit.*, pp. 74 y 77.

6. Sólo hay que reparar en qué identidad de etnias y mestizaje aparecen como problemas separados y por lo tanto irreconciliables. Además, al hablarse de unidad nacional las comunidades indígenas, se refieren sólo como una población que hay que integrar a la modernidad, así —dicen— se “fortalece” nuestro rico pasado histórico. Pero por otra parte el mundo indígena está fuera de los proyectos de desarrollo de nación, para acceder al mundo “civilizado” deben aprender el español, fomentándose así, la desaparición de sus lenguas (que no sin degradación se las llama dialectos).

7. Véase, *Los caminos de la creación en Juan Rulfo*, Sergio López Mena, UNAM, Biblioteca Letras, 1993, pp. 40-43. Y *Juan Rulfo, el Hombre y su obra*, Juan Antonio Ascencio, pp. 82 y 91, 1995 (versión, inédita, mecanografiada).

8. “Antecedentes y datos biográficos de Juan Rulfo” de Federico Munguía Cárdenas, en *Homenaje a Juan Rulfo*, Recopil. rev. de textos y notas de Dante Medina, Edit. Universidad de Guadalajara, 1989, p. 337.

9. Juan Rulfo, “Pedro Páramo, Treinta Años Después”, último artículo que escribió JR, en marzo de 1985, para la agencia EFE en su sección “Grandes Firmas”. Véase, *Los murmullos*, Antología Periodística en Tomo a la Muerte de Juan Rulfo, Alejandro Sandoval, DDF, 1986, p. 69.

10. Véase, Juan Antonio Ascencio *Op. cit.*, p. 109, 1995.

11. Véase, Reina Roffé, *op. cit.* p. 53.

12. *Ibidem*, p. 52.

13. Véase, Federico Cambell, “El silencio que se hizo leyenda. Juan Rulfo se llevó su secreto a la tumba”, en *Los murmullos*, Antología periodística en Tomo a la Muerte de Juan Rulfo DDF, 1986, p. 184.

14. Véase, Juan Antonio Ascencio, *Op. cit.* o. 206.

15. Reina Roffé, *Op. cit.* pp. 73, 74 y 77.

16. Reina Roffé, *Op. cit.*, p. 53.

17. “Mi generación no me comprendió”, en *Rulfo en llamas*, Universidad de Guadalajara y Proceso, México, 1988, pp. 59 y 63.

18. Véase, Juan Antonio Ascencio, *op. cit.*, pp. 111, 112 y 113.

19. Véase, “Un pedazo de noche” (fragmento), en *Juan Rulfo*, Obras, FCE, Col. Letras Mexicanas, pp. 259-266. Todas las menciones al presente texto aparecerán, a continuación, entrecomilladas ya sin referir la paginación.

20. Reina Roffé, *Op. cit.*, pp. 74 y 77.